

Suscripción:

En Murcia, 50 cts. al mes  
Provincias, 8 reales tri-  
mestre.  
Pago adelan-  
tado.

# LA JUVENTUD LITERARIA

Se publica los Jueves y Domingos.

Anuncios.

Se reciben  
en la Admi-  
nistración de  
este periódico  
Comunica-  
dos, á precios  
módicos.

Año II.

Murcia 21 de Abril de 1889.

Núm. 34.

Anuncio-tarjeta y periódico 4  
reales al mes.  
Número suelto 10 céntimos.

Redaccion y Administracion  
APÓSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-  
tores.  
La correspondencia al director.

## La Juventud Literaria.

### ARAÑAZOS

De un doble salto mortal hemos pasado de las abstinencias de la Cuaresma á las «juergas» de la Pascua.

¡Que paralelo se podía establecer entre estas dos épocas!

En la una todo, se vuelve ayunos y privaciones y no se ven por esas calles más que esqueletos semivivientes con las cejas en arco y las narices en continua conversacion con el estómago y, como recompensa, el indigesto y dulzacho caramelo.

¡Y lo que es la moda!

Sé de algunos que se pasan la vida limpiando el polvo á su mujer y dando que hacer á los serenos y en cuanto llega el miércoles de ceniza vuelven la oracion por pasiva y no dejan de la mano el rosario y las disciplinas y hasta se lavan los ojos con iodoformo para aparecer pálidos y ojerosos ante los fervorosos creyentes.

En cambio la pascua nos ofrece muchos atractivos. Los tiestos, canales rotos y demás proyectiles «sui generis» disparados sobre el inepto transeunte que imagina que se puede andar impunemente por esas calles de Dios al toque de alaluya; el salchichon sustituyendo á la habichuela; esas deliciosas meriendas al aire libre, sentados en una piedra y con un bancale de alfalfa por mantel.....

¿Se puede dar nada mas poético?

Y luego la blanda y rica mona (como van gritando los bolleros) que parece.....

Pero no hablemos de «monas.»

No salga á relucir la que tomé el dia de S. José.

Sr. D. Antonio Romero:  
No puedes imaginarte la inmensa satisfaccion conque he leído el merecido como inesperado «hombro» que has tenido á bien propinarme.  
Y apropiado.

Lo que puede la fama! Aquí me tienes (y creo que te ocurrirá lo propio) que si te encuentro en una calle no sé quien eres, y sin embargo nos hablamos de tú y nos tratamos como si nos hubieramos visto nacer mutuamente.

La vida del poeta es muy accidentada.

Yo, que ya soy célebre, he tenido encontrones originalísimos.

Andan por ahí muchos de la clase de entusiastas de oficio que estan esperando tropezarle á uno para decirle:

—D. Emilio Miramicos?

—Servidor.

—No sabe usted cuanto celebro conocerle, porque yo soy acérrimo partidario de los hombres de mérito.

—Si éh?

—No crean usted, yo antes de verle ya me figuraba que tendria usted esa mancha en el ojo izquierdo, porque casi todas sus composiciones estan en redondillas.

Y de esto hay mucho.

Con decir que hubo quien des-  
eubrió mi aficion al dulce de membrillo porque un dia le dediqué unos versos á la luna!

Adios, te agradezco lo de «vate ilustrado» y «no paso» por lo del pirope injusto.

Como tampoco «paso» por el café hace dias.

Por mor de los «ingleses.»

MARIANO AREC.

### CUENTO DE ULTRATUMBA

(CONCLUSION.)

Quería llorar, que también las

almas lloran, y no podía. Los envidiosos no lloran.

Sufría siempre y sin esperanza, sin darme idea del tiempo de mis dolores.

Estaba en la eternidad, y allá no se tiene noción del tiempo.

Vi pasar almas de castos sacerdotes y de monjas, que caian en los reinos de Luzbel. Habian pecado con el pensamiento más que algunas rameritas con su cuerpo.

Vi pasar por las puertas de la mansión de Dios á muchas Magdalenas, perdonadas porque habian amado mucho.

El alma de un ladrón fué recibida con cantos de alegría.

Habia sufrido persecuciones de la justicia. Habia robado para dar de comer á su madre hambrienta.

—¡Bienaventurado seas! —cantaban los ángeles.

Yo maldecía de Dios; el arrepentimiento huía de mí.

Hubiera querido llegar al trono del Altísimo, sentarme en él, ser omnipotente, ordenar que los mundos chocasen entre si, destruir el Universo y volver al reino de la nada.

### IV

Pasó junto á mi un alma, que hizo me estremecer.

Aquella alma me miró haciendo nacer en mí un pensamiento dulce.

Llegó junto á Dios gritando:

—¡Mi hijo! ¡mi hijo! ¿Dónde está mi hijo?

Era mi madre.

—Vén á mí, — dijo Dios. —Tú me conociste y amaste.

—Mi hijo! —repetía mi madre.

Me negó, —dijo Dios.

—Pero no negó á su madre.

¿Dónde está? ¿dónde está?

Y replicó Dios:

—Sufriendo su castigo.

=Perdónale, y sufra yo por él.

=No.